



chronic city
jonathan lethem

Chase Intheadman, un apuesto e inofensivo producto de la escena social de Manhattan, lleva una vida ociosa gracias a las rentas que recibe de su breve carrera como actor infantil. Además, últimamente ha vuelto a la vida pública por una tragedia que los medios no se cansan de cubrir: su amor de la adolescencia y prometida, Janice Trumbull, está atrapada en la Estación Espacial Internacional, desde donde le envía arrebatadas cartas de amor. La vida de Chase cambia radicalmente cuando conoce a Perkus Tooth, un ermitaño virtual y enigmático que es adorado en los círculos más modernos por su arte callejero de vanguardia y sus cáusticos comentarios. Su labia incendiaria y su voraz paranoia arrastran a Chase a un Manhattan completamente diferente, un Manhattan distópico y sesgado en el que la verdad es a gusto del consumidor.

Un árbol de marihuana ancestral y poderoso llamado Chronic, una espesa niebla gris que cubre Manhattan y un tigre mecánico que tiene aterrorizados a los habitantes de Nueva York son otros de los personajes de la nueva novela de Jonathan Lethem.

Para Amy y Everett

1

Conocí a Perkus Tooth en una oficina. No en una oficina donde él trabajara, aunque entonces yo estuviera equivocado al respecto. (Una situación nada insólita en mí).

Fue en las oficinas centrales de Criterion Collection, en la calle Cincuenta y dos con la Tercera Avenida, una tarde entre semana a finales de verano. Yo había ido a grabar una serie de voces en off para una de las lujosas reediciones en DVD de Criterion, *un film noir* «perdido» de los años cincuenta titulado *La ciudad es un laberinto*. Mi papel consistía en interpretar la voz del director de dicha película, el difunto realizador emigrado Von Tropa Zollner. Leería varias declaraciones seleccionadas de las entrevistas y artículos de Zollner como parte del documental complementario que estaban preparando los genios conservadores de Criterion, una pareja a la que había conocido en una cena. Al involucrarme en el proyecto me habían suministrado una muestra de los materiales de investigación, que yo había revisado muy por encima, así como una versión provisional de su reconstrucción de la película para que dedujera a qué venía tanto entusiasmo. Era la primera vez que oía hablar de Zollner, de modo que no se trataba de un encargo que acometería con pasión. Pero el entusiasmo de los cinéfilos es contagioso y la película me gustó. Yo ya no me consideraba un actor en activo. Ahora solo hacía cosas así, aprovecharme de los ecos de mi antigua y menguante fama en la gris mediana edad de un niño prodigio. Un favor excéntrico, en realidad. Y sentía curiosidad por conocer los entresijos del

tinglado de Criterion. Era la primera semana de septiembre: el ambiente de vuelta al cole de la ciudad siempre me inspiraba a ocupar en algo mis ociosas manos. En esa época, con Janice lejos, vivía demasiado en la superficie de las cosas, fiestas, cotilleos, citas en las que era el alcahuete o el amigo del amigo. Los lugares de trabajo me fascinaban, las zonas donde el barniz de Manhattan dejaba paso al mundo práctico.

Grabé las palabras de Zollner en una sala insonorizada del ala técnica de las atestadas y desastradas oficinas de Criterion. En la habitación de enfrente de la sala, desde donde el técnico de sonido me daba pie a través de unos auriculares, había también un restaurador con la vista clavada en una pantalla que iba moviendo un cursor con el ratón, borrando diligentemente arañazos y manchas, un fotograma digital tras otro, de los cuerpos desnudos de unos hippies retozando en el barro. Me dijeron que estaba restaurando *Soy curioso (Amarillo)*. Después pasó a recogerme la productora que me había contratado, Susan Elder. Había conocido a Susan y su colega en una cena, eran gente amigable y abierta, apasionada por las minucias cinematográficas, que me despertaron un afecto instantáneo. Susan me condujo a su despacho, una caverna con un mísero ventanuco y estanterías repletas de cintas de VHS: más películas suplicando el rescate de Criterion. Por lo visto, compartía el despacho. No con el colega de la fiesta, sino con otra persona. Se sentó debajo de las cargadas estanterías libreta en mano, con la mirada perdida. El despacho parecía demasiado pequeño para compartirlo. El glamour de la marca Criterion no casaba con las escenas de ahorro e improvisación que había atisbado entre bambalinas, pero ¿por qué tendría que hacerlo? En cuanto Susan me presentó a Perkus Tooth y me pidió que firmara un formulario, tuvo que salir a atender alguna consulta.

Esa primera vez, encontré a Perkus Tooth sumido en uno de esos estados de ánimo que yo pronto aprendería a

llamar «elipsistas». El propio Perkus Tooth aportaría más tarde esa palabra tan descriptiva: elipsista, derivada de elipsis. Una especie de intervalo vacío, una cabezada o fuga en la que no estaba ni deprimido ni todo lo contrario, ni luchando por concluir un pensamiento ni tratando de comenzar otro. Simplemente, en medio. Con el botón de pausa apretado. Desde luego, me quedé mirándole. Por su postura de tortuga y la distensión total de su ser, las entradas marcadas y su estilo anticuado de vestir —traje de corte estrecho, seda ferozmente arrugada de brillo desvaído y mohosas zapatillas de tenis—, podría haberlo tomado por un anciano. Cuando se movió, cuando su mano rozó la página abierta de la libreta como si tomara nota al dictado con un bolígrafo invisible, y examiné sus rasgos pálidos, adolescentes, calculé que tendría cincuenta y tantos... Todavía me equivocaba por una década, aunque Perkus Tooth había pasado una temporada fuera de circulación. Tenía cuarenta y pocos años, apenas alguno más que yo. Me había parecido viejo porque le había tomado por alguien importante. Entonces levantó la vista y vi un indisciplinado ojo castaño extraviarse hacia la nariz bajo un párpado de ternero. Aquel ojo quería bizquear, desacreditar el aura de sobriedad de Perkus Tooth con una broma de tebeo. El otro ojo hizo caso omiso de semejante estrategia y se posó en mí.

—Eres el actor.

—Sí —dije yo.

—Bueno, estoy redactando los textos de la cubierta. Para *La ciudad es un laberinto*.

—Ah, bien.

—Hago muchos. *Preludio a cierta medianoche... Mujeres recalitrantes... La ciudad impura... Ecolalia...*

—¿Siempre cine negro?

—Uf, no, por Dios. ¿Nunca has visto *Ecolalia* de Herzog?

—No.

—Bueno, he escrito los textos de cubierta, pero todavía no la han publicado. Aún estoy intentando convencer a Elder...

Perkus Tooth, según descubriría después, llamaba a todo el mundo por su apellido. Como si fueran famosos, o reos. El paisaje de su mente era épico, estaba salpicado de figuras imponentes como las cabezas de la isla de Pascua. En ese instante Elder —Susan— regresó al despacho.

—A ver —le dijo Perkus Tooth—, ¿tienes la cinta esa de *Ecolalia* por aquí? —Dirigió los ojos, el ojo izquierdo bueno y el derecho errante, hacia las estanterías de Susan, a la cacofonía de títulos garabateados en etiquetas—. Quiero que la vea.

Susan enarcó las cejas y él se encogió.

—No sé dónde está —contestó Susan.

—Da igual.

—¿Has estado acosando a mi invitado, Perkus?

—¿Qué quieres decir?

Susan Elder se volvió hacia mí, recogió la carta de libertad firmada y nos despedimos. Luego, mientras entraba en el ascensor, Perkus se coló apresuradamente entre las puertas deslizantes aplastándose el viejo sombrero de fieltro contra la coronilla. El ascensor, como tantos otros escondidos en edificios del centro, era pequeño y una carraca, poco más que un montaplatos con ínfulas: imposible fingir que no acabábamos de estar juntos en el mismo despacho. Con el ojo malo en ligera migración, Perkus Tooth me lanzó una mirada lunar, ni hostil ni contrita. Pese al traje anticuado, no era ningún pulcro fetichista retro. Llevaba el cuello de la camisa sucio y arrugado. Las zapatillas de color gris verdoso parecían esponjas momificadas dentro del cubo de un conserje.

—A ver —repitió. Ese «a ver» de Perkus, su costumbre de introducir un tema como si reanudara una conversación anterior, no resultaba en absoluto coercitivo. Era más bien como si Perkus se hubiera despertado de golpe de una en-

soñación, como si hubiera oído en su cabeza una voz que lo azuzaba y la hubiera confundido con la tuya—. A ver, te prestaré mi copia de *Ecolalia*, a pesar de que nunca dejo nada. Porque considero que deberías verla.

—Claro.

—Es una especie de película de arte y ensayo. Herzog la filmó durante el rodaje de *Ni por asomo* de Morrison Groom. Groom nunca terminó esa película, ¿sabes? *Ecolalia* documenta los intentos de Herzog de entrevistar a Marlon Brando en el plató de Groom. Brando no quiere conceder la entrevista, y cada vez que Herzog lo acorralla se limita a repetir como un loro lo que dice Herzog... Pues eso, ecolalia...

—Sí —dije, desconcertado, como en el futuro me dejarían a menudo los torrentes de detalles de Tooth.

—Pero también es la única manera de ver algo de *Ni por asomo*. Morrison Groom destruyó todo el metraje, de modo que las escenas reproducidas en *Ecolalia* son, irónicamente, lo único que queda de la película...

¿Por qué «irónicamente»? Dudé de poder intercalar la pregunta.

—Parece increíble.

—Por supuesto, ya sabes que probablemente el suicidio de Morrison Groom fue fingido.

Mi asentimiento fue una mentira. Se abrieron las puertas y salimos juntos a la calle, chocándonos en cada umbral. «Tú primero...». «Vaya...». «Detrás de ti...». «Perdona». Quedamos frente a frente, convertidos en islas por los ríos de gente en pleno miércoles en Manhattan. Perkus se volvió más sucinto y formal, tal vez deseoso, aunque con retraso, de demostrar que no estaba acosándome.

—Bueno, me voy.

—Encantado de verte.

Dejé de emplear la palabra «conocerte» hace tiempo y la reemplacé por ese equívoco nebuloso, escarmentado

por las miles de veces que alguien me había replicado que en realidad ya nos conocíamos.

—A ver... —Se encalló, expectante.

—¿Sí?

—Si quieres pasarte a recoger la cinta...

Quizá estuviera poniéndome a prueba, no estaba seguro. Perkus Tooth manejaba datos ocultos y medía con calibradores secretos. Yo nunca sabría cuándo había cruzado una frontera invisible, pero que Perkus distinguía en el aire que nos separaba.

—¿Quieres darme una tarjeta?

Frunció el entrecejo.

—Elder sabe dónde encontrarme.

Se interpuso el orgullo, y Perkus se marchó.

Para una llamada tan trascendental como la mía a Susan Elder debería haber tenido una buena razón. Y, sin embargo, allí estaba yo, marcando el número de Criterion esa misma tarde, preguntando primero por Perkus Tooth y luego, cuando la recepcionista aseguró no conocer ese nombre, por Susan Elder, espoleado tan solo por un cóctel en el que había dos partes de capricho y una de culpa. Un voluntario de Manhattan, ese soy yo, y además estoy dispuesto a admitirlo. ¿Me despertaban la curiosidad *Ecolalia*, el falso suicidio de Morrison Groom, las intensidades y las calmas de Perkus Tooth o los patinazos de su ojo derecho? La única respuesta era todo y nada. Quizá ya adorase a Perkus Tooth e intuyera que su amistad era lo que necesitaba para marcar el comienzo de una nueva y extraña fase de mi existencia. Para zafarme del Curioso remolino hacia el que había ido derivando. Lo pronto que empecé a adorar y necesitar a Perkus después de nuestro primer encuentro dificulta de un modo espantoso determinar en qué medida tales sentimientos, inexplicablemente, existían ya en el despacho de Susan Elder o en el ascensor.

—Tu compañero de despacho —le dije a Susan—. En recepción no le conocen. Quizá haya entendido mal el

nombre...

—¿Perkus? —Susan se rió—. No trabaja aquí.

—Pues a mí me ha dicho que te redacta los textos de cubierta.

—Ha escrito un par, sí. Pero no trabaja aquí. De vez en cuando viene y ocupa sitio. Soy algo así como su niñera. A veces ni me doy cuenta de que está... Ya has visto cómo es. Espero que no te haya molestado.

—No... No. En realidad, confiaba en contactar con él.

Susan Elder me dio el teléfono de Perkus, y luego hizo una pausa.

—Supongo que has reconocido su nombre...

—No.

—Bueno, de hecho es un crítico bastante bueno. Cuando iba a la universidad, mis amigos y yo lo idolatrábamos. La primera vez que tuve ocasión de contratarlo para que me redactara algo estaba bastante cohibida. Me impresionó que fuera tan joven, tenía la sensación de haber crecido viendo sus carteles y sus cosas.

—¿Carteles?

—Antes solía escribir sus diatribas en carteles que colgaba por todo Manhattan, críticas brillantes de cosas varias, acontecimientos de actualidad, rumores de los medios de comunicación, arte. Supongo que eran una forma de arte público. A todo el mundo le parecían muy misteriosos e importantes. Luego lo contrataron en *Rolling Stone*. Le dieron una columna larguísima, era una especie de... no sé, Hunter Thompson más Pauline Kael, aunque duró cinco minutos. No sé si me explico.

—Claro.

—En fin, la cuestión es que más o menos agotó la paciencia de un montón de gente con sus... paranoias. Yo no lo entendí de verdad hasta que empecé a trabajar con él. O sea, a mí Perkus me cae muy bien. Solo que no quiero que pienses que estoy haciéndote perder el tiempo ni metiéndote en... confabulaciones.

La gente puede mostrarse protectora hasta el absurdo, como si las horas de un actor retirado fueran preciosas. Se trataba, supongo, de afecto de segunda mano, una filtración de las agendas extraterrestres de Janice. De todos era sabido que yo estaba enamorado de una mujer que no tenía tiempo que perder, ni siquiera para respirar, puesto que moraba en un lugar más allá del tiempo y fuera del alcance de cualquier agenda de contactos, donde cada respiración se medía en tanques de aire reciclado. Si una astronauta me hacía un hueco en su programa, mis prerrogativas debían ser tan cruciales como las de ella. La verdad era justo lo contrario.

—Gracias —dije—. Procuraré no enredarme.

Resultó que Perkus Tooth era vecino mío. Su piso estaba en la Ochenta y cuatro Este, a seis manzanas del mío, en una de esas madrigueras anónimas escondidas detrás de escaparates inocuos y edificios sin vestíbulo, no digamos ya portero. El establecimiento de abajo, el Piano Bar Brandy's, era un local nocturno de aspecto cursi, por delante del cual podría haber pasado mil veces sin darme cuenta. Un pequeño cartel en la entrada rogaba «¡CLIENTES DEL BRANDY'S, RESPETAD A LOS VECINOS, POR FAVOR!», lo que sugería un largo historial de quejas a la policía, ruidos y humos. Vivir en Manhattan es asombrarse constantemente ante los mundos que se cobijan unos dentro de otros, el caos intrincado con el que se intercalan los reinos, como esos cables de la televisión y las tuberías de agua corriente y calefacción y aguas residuales y tendido telefónico y todo lo que sea capaz de cohabitar en los mismos agujeros intestinales que los obreros destruye-pavimentos abren regularmente exponiéndolos a la luz del día y a nuestras fugaces e impresionadas miradas. Solo fingimos vivir en algo tan ordenado como una cuadrícula. Mientras esperaba a que sonara el timbre de Perkus Tooth y me dejaran pasar, noté que mi mapa interior se expandía para dar cabida a la realidad de aquel lugar, al disparejo mosaico de damero del pasillo, al empalagoso

olor cítrico del desinfectante del conserje, a la hilera de buzones de latón mellado y a los gañidos de un perro detrás de una puerta, más arriba, alertado por el timbre y el ruido de los talones de mis botas. Me cuesta creer en la existencia de algo hasta que lo conozco físicamente.

Perkus Tooth vivía en el primero derecha, subiendo media planta, al fondo del edificio. Abrió la puerta lo justo para dejarme pasar directamente a la cocina. Perkus, aunque iba descalzo, vestía otro traje de aspecto anticuado, esta vez de pana verde, el único elemento formal que detecté al entrar. El piso era una gruta bohemia; la cocina solo era tal en el sentido de que tenía un fregadero y unos fogones empotrados además de una nevera empapelada de pegatinas encajonada en un nicho junto a la puerta del baño. Los libros atestaban los armarios abiertos de encima del fregadero. La encimera estaba ocupada por un reproductor de música y cientos de cedés, dentro y fuera de sus estuches, muchos de ellos identificados con rotulador. Una tubería de agua caliente silbaba. Más allá, las otras habitaciones del piso permanecían en penumbra en pleno mediodía, con las ventanas cubiertas. De todas formas, probablemente solo daban a tiros de ventilación o callejones adoquinados.

Allí estaban las diatribas descritas por Susan Elder. Sin enmarcar, clavados con chinchetas en todas las paredes libres de estanterías, en la cocina y en las habitaciones a oscuras, estaban los famosos carteles de Perkus Tooth, de papel amarillento, caracteres a medio camino entre una caligrafía estilizada de grafitero o dibujante de tebeos y el garabato obsesivo de un artista marginal, o las páginas de un esquizofrénico reproducidas en la monografía de su médico. Los reconocí. Los recordaba. Una década antes habían estado por todo el centro, en los tablones de las obras, y sobre los anuncios del metro, un elemento más de la cacofonía gráfica de la ciudad que uno capta por el rabllo del ojo sin poder evitarlo.

Perkus se retiró para dejarme espacio y poder cerrar la puerta. Varado en el centro de la habitación, en traje y descalzo, con las manos abiertas a la defensiva como si esperara que le lanzaran algo desagradable, Perkus me recordó a un cuadro de Edvard Munch que había visto una vez, un autorretrato del pintor con los ojos como platos y sin afeitado, empequeñecido dentro de la ropa. Lo que equivale a decir, una vez más, que Perkus Tooth aparentaba más edad de la que tenía. (Nunca he visto a Perkus sin una pieza de un traje, aunque solo fueran los pantalones rematados por una mugrienta camiseta blanca. Nunca llevaba vaqueros).

—Te traeré la cinta —me dijo como si le hubiera retado.

—Estupendo.

—Espera que la encuentre. Siéntate... —Apartó una silla de una mesa pequeña y forrada de linóleo como las de una cafetería de carretera. La silla iba a juego con la mesa: era un conjunto de comedor, una pieza de coleccionista. Si algo era Perkus Tooth, era coleccionista—. Ten.

Cogió un porro perfectamente liado del borde de un cenicero, se lo llevó a los labios y lo encendió, luego me lo pasó sin preguntar. Dios los cría y ellos se juntan. Le di una calada mientras Perkus Tooth desaparecía en la habitación de al lado. Cuando regresó —con una cinta de vídeo, sus zapatillas deportivas y un par de calcetines blancos ovillados— aceptó el porro que le tendía y se fumó un par de centímetros con ganas.

—¿Te apetece ir a comer algo? No he salido en todo el día.

Se ató las zapatillas de caña alta.

—Claro.

Estaba empezando a comprender que para Perkus Tooth «salir» no implicaba ir muy lejos. Le gustaba alimentarse en una reluciente hamburguesería de la esquina de la Segunda Avenida llamada Jackson Hole, un antro de flamante cromo y versiones falsas y más nuevas de la mesa de linóleo de su cocina encajadas en mullidos reservados de

vinilo rojo. A las cuatro de la tarde estábamos prácticamente solos y la máquina de discos cubría con éxitos a todo volumen nuestra conversación desconcertada, ofuscada. Yo llevaba un tiempo sin fumar hierba; todo me parecía extraño, recibía las señales a través de una atmósfera revuelta por las dudas, el universo entero vagaba a la deriva, sueltos los amarres, como el globo ocular errante de Perkus Tooth. La camarera parecía conocerle, pero Perkus no la saludó y ni siquiera tocó la carta. Le pidió una hamburguesa Deluxe con queso y una Coca-Cola. Yo, impotente, pedí lo mismo. Perkus parecía habitar aquel lugar igual que ocupaba las oficinas de Criterion, con indiferencia, de forma indirecta, como si hubiera nacido allí y todavía no se hubiera fijado en el lugar.

En plena comida, Perkus interrumpió un sermón sobre Werner Herzog o Marlon Brando o Morrison Groom para anunciar lo que pensaba de mí hasta el momento.

—De modo que has llegado hasta aquí porque eres mono, ¿no, Chase?

Sus dedos arácnidos, con los codos apoyados en el linóleo, sostenían en alto la grasienta y sanguinolenta hamburguesa del Jackson Hole ocultando su expresión, y lo bastante alejada del regazo para proteger el pulcro hilo de sus pantalones. Perkus clavó un ojo en mí mientras el otro se arrastraba como un escalpelo operándome la cara.

—No has cambiado, eres como un niño soñador, ese es el secreto de tu atractivo. Pero te quieren. Te miran como si todavía salieras por la tele.

—¿Quiénes?

—Los ricos. La gente de Manhattan... Ya me entiendes.

—Sí.

—Se supone que eres el hombre más triste de Manhattan. Por la astronauta que no puede regresar a casa.

De modo que, para sorpresa de nadie, Perkus también me conocía por ser el novio de Janice Trumbull. La aflicción de mi corazón era pasto diario de la prensa. Sí, amaba a Ja-

nice Trumbull, la astronauta estadounidense atrapada en órbita con los rusos, la astronauta que no podía regresar a casa. Eso, además de mi infancia como estrella de la televisión, era lo que todo el mundo sabía de mí, aunque algunos, como Susan Elder, eran demasiado educados para mencionarlo.

—Por eso te adora todo el mundo.

—Supongo.

—Pero yo conozco tu secreto.

Me sobresalté. ¿Yo tenía un secreto? En caso de tenerlo, era una de las cosas que había traspapelado en los últimos años. No lograba recordar cómo había llegado hasta donde estaba ahora, cómo había tomado decisiones que me habían conducido desde el estrellato infantil a la fama inofensivamente disoluta de Manhattan, ni tampoco por qué merecía el amor de la valiente astronauta. Me costaba recordar a Janice con claridad, lo que explicaba parte de mi aflicción. El día que Janice había despegado de la estación espacial debí de comprometerme a dejar de pensar en ella, incluso mientras prometía velar por mi prometida desde aquí, en la Tierra. Nunca había osado confesárselo a nadie. Por tanto, si tenía algún secreto, era que había conspirado para olvidar mi secreto.

Perkus me miraba con expresión astuta. Quizá tuviera por política soltar el mismo comentario a cualquiera que acabase de conocer, para ver qué ocurría.

—Mantén los ojos y los oídos bien abiertos —me dijo—. Tienes la ocasión de aprender cosas.

¿Qué cosas? Antes de que pudiera preguntárselo, se había arrancado de nuevo. La perorata de Perkus abordó temas como Monte Hellman, la cultura Semina, *Rastros de carmín* de Greil Marcus, el chantaje de la mafia a J. Edgar Hoover por secretos eróticos (que condujo a la amplificación falseada del miedo de la guerra fría y, por ende, afectó al panorama contemporáneo en su conjunto), Vladimir Maiakovski y los futuristas, Chet Baker, el nadaísmo, la ruina